

## SEGUNDO DÍA: LAS NUBES SON EL POLVO DE SUS PIES

(ÍNDICE)

“Entonces dijo Dios: Haya expansión en medio de las aguas, y separe las aguas de las aguas. E hizo Dios la expansión, y separó las aguas que estaban debajo de la expansión de las aguas que estaban sobre la expansión. Y fue así. Y llamó Dios a la expansión cielos. Y fue la tarde y fue la mañana: el segundo día” *Génesis 1:6-8*.

A primera vista la obra de la creación en el segundo día pudiera parecer de importancia menor, pero las primeras impresiones humanas respecto a las obras de Dios son siempre limitadas. La Biblia alude repetidamente a ese día como un ejemplo del grandioso poder de Dios. De él pueden extraerse preciosas lecciones de esperanza y consuelo, y no se debe olvidar que el poder de Dios es el fundamento mismo de la esperanza humana.

El libro de Job contiene descripciones sublimes del poder y majestad divinos. “Él extiende el norte sobre el vacío y cuelga la tierra sobre la nada. Envuelve las aguas en sus nubes, y la nube no se rompe bajo ellas” *Job 26:7-8*. ¿A quién no le fascinan las nubes en sus formas continuamente variables? Son motivo inagotable de nuestra admiración. ¡Piensa en el maravilloso poder que representan! Considera la inmensa cantidad de agua que contienen, y que en el momento señalado descargan en la tierra. Es el poder directo y personal del Señor el que causa la lluvia. La ciencia nos puede enseñar, en parte, cuáles son las condiciones que propician la precipitación, pudiendo predecir su aparición con precisión considerable, pero la causa última sigue siendo Dios, quien envía la lluvia.

El ser humano ha observado muchas cosas respecto a la forma en que Dios actúa, y hay aún otras muchas que es posible examinar. Es lo que Dios espera que hagamos. “Ha hecho sus maravillas para ser recordadas; clemente y compasivo es el Señor” *Salmo 111:4*. Pero quiere que las observemos con el propósito de reconocerlo a él. Quien observa las obras de Dios para atribuir las a una diosa llamada Naturaleza, como si el propio Dios no estuviera implicado allí, las estudia en vano. Lo que los hombres llaman Naturaleza es simplemente la observación de los caminos de Dios. Es difícil mejorar esta declaración: “Las leyes de la naturaleza son los hábitos de Dios”. Pero una vez que el hombre ha agotado sus habilidades para observar y hacer cálculos relativos a los caminos de Dios, debe recordar que “estos son los bordes de sus caminos; ¡y cuán leve es la palabra que de Él oímos! Pero su potente trueno, ¿quién lo puede comprender?” *Job 26:14*. Es imposible para el humano finito explorar todos los caminos del Dios infinito; por consiguiente, aun lo mejor de la ciencia está muy limitado.

Hemos dicho que es el poder personal y directo del Señor el que causa la lluvia. Lee lo que sigue: “El Señor es el Dios verdadero; Él es el Dios vivo y el Rey eterno. Ante su enojo tiembla la tierra, y las naciones son impotentes ante su indignación. Así les diréis: Los dioses que no hicieron los cielos ni la tierra perecerán de la tierra y de debajo de los cielos. Él es el que hizo la tierra con su poder, el que estableció el

mundo con su sabiduría, y con su inteligencia extendió los cielos. Cuando Él emite su voz hay estruendo de aguas en los cielos. Él hace subir las nubes desde los extremos de la tierra, hace los relámpagos para la lluvia y saca el viento de sus depósitos” *Jeremías 10:10-13*.

¿Qué nos enseña lo anterior? Nos enseña siempre el poder de la palabra de Dios. No simplemente el poder de su palabra, sino su sabiduría y el poder por el que sopla sobre nosotros esa palabra de justicia. Lee de nuevo el libro de Job. El capítulo 28 es una de las composiciones más perfectas y sublimes escritas en cualquier lenguaje. De su última parte citamos:

“¿De dónde, pues, viene la sabiduría? ¿Y dónde está el lugar de la inteligencia? Está escondida de los ojos de todos los vivientes, y oculta a todas las aves del cielo. El Abadón y la muerte dicen: «Con nuestros oídos hemos oído su fama». Dios entiende el camino de ella y conoce su lugar. Porque Él contempla los confines de la tierra y ve todo bajo los cielos. Cuando Él dio peso al viento y determinó las aguas por medida; cuando puso límite a la lluvia y camino para el rayo, entonces Él la vio y la declaró, la estableció y también la escudriñó. Y dijo al hombre: «He aquí, el temor del Señor es sabiduría, y apartarse del mal, inteligencia»” *Job 28:20-28*.

Declara el salmista: “Llena está la tierra de la misericordia del Señor” *Salmo 33:5*. Dios ha dispuesto que a partir de todo lo que hay en la naturaleza aprendamos una lección respecto a él y a su amor. Los siervos de Dios en todas las edades han aprendido algunas de esas lecciones. Lo comprendieron en particular aquellos santos hombres inspirados por el Espíritu de Dios que hablaron en su nombre: ellos vieron a Dios en sus obras. Pero en nuestros días, hombres en su sabiduría imaginaria siguen los pasos de los antiguos filósofos, quienes “no tuvieron a bien reconocer a Dios” *Romanos 1:28* y lo excluyeron de sus cálculos. Demasiados hay que, al estudiar las cosas de la tierra y de los cielos, en lugar de llenarse de admiración y alabanza ante el maravilloso poder de Dios allí desplegado, se llenan de admiración por la maravilla de sus propios logros hasta el punto de fantasear con la idea de haber creado las cosas que descubrieron. Olvidan que esas cosas existían siglos antes que ellos nacieran, y casi imaginan que por descubrirlas las están trayendo a la existencia. Se refieren con lástima y desprecio a quienes escribieron la Biblia, por haber vivido en una época inferior a la nuestra, en la que la “ciencia” no había hecho ningún descubrimiento; y eran tan ingenuos como para creer que las cosas que nosotros podemos explicar hoy con tanta facilidad eran manifestaciones directas de la acción divina. Pero es mucho mejor ser ingenuo, que tener el tipo de “sabiduría” que no procede de Dios ni lleva a Dios.

Leamos las palabras de alguien a quien no se considera un científico, pero cuya sabiduría fue el asombro de sus contemporáneos en todo el mundo. Alguien de quien el propio Dios afirmó: “He aquí, te he dado un corazón sabio y entendido, de modo que no ha habido ninguno como tú antes de ti ni se levantará ninguno como tú después de ti” *1 Reyes 3:12*. La inspirada palabra de Dios dice de él que “era más sabio que todos los hombres, más que Etán ezraíta, Hemán, Calcol y Darda, hijos

de Mahol; y su fama fue conocida por todas las naciones de alrededor. También pronunció tres mil proverbios, y sus cantares fueron mil cinco. Disertó sobre los árboles, desde el cedro que está en el Líbano hasta el hisopo que crece en la pared; también habló de ganados, aves, reptiles y peces. Y venían de todos los pueblos para oír la sabiduría de Salomón, de parte de todos los reyes de la tierra que habían oído de su sabiduría” *1 Reyes 4:31-34*.

En sus proverbios trata abundantemente sobre las maravillosas obras de Dios, y en uno de ellos se refiere concretamente a la obra realizada en el segundo día de la semana de la creación, conectándola con la palabra de Dios mediante la que se cumplió. “¿Quién subió al cielo y descendió? ¿Quién encerró los vientos en sus puños? ¿Quién recogió las aguas en un paño? ¿Quién afirmó todos los confines de la tierra? ¿Cuál es su nombre y el nombre de su hijo, si es que lo sabes? Toda palabra de Dios es limpia; él es escudo para los que en él esperan. No añadas a sus palabras, para que no te reprenda y seas hallado mentiroso” *Proverbios 30:4-6 (RV 1995)*. Se da por buena la tradición rabínica según la cual Agur —citado en el encabezamiento de ese proverbio— es un nombre poético dado a Salomón. Que sea sólo una tradición no disminuye el valor, fuerza y belleza de la cita inspirada.

La lluvia que Dios ha encerrado en sus densas nubes, y que su voz —la misma voz que declara paz y justicia— hace que descienda a la tierra, es para nosotros una prenda de su disposición a perdonar. Ve la santa osadía del profeta Jeremías: “Reconocemos, oh Señor, nuestra impiedad, la iniquidad de nuestros padres, pues hemos pecado contra ti. No nos desprecies, por amor a tu nombre, no deshonres el trono de tu gloria; acuérdate, no anules tu pacto con nosotros. ¿Hay entre los ídolos de las naciones alguno que haga llover? ¿O pueden los cielos solos dar lluvia? ¿No eres tú, oh Señor, nuestro Dios? En ti, pues, esperamos, porque tú has hecho todas estas cosas” *Jeremías 14:20-22*. Es el Señor quien hace que llueva; por lo tanto, esperaremos en él confiando en que no nos aborrecerá aunque hayamos pecado gravemente. Al contrario: perdonará nuestra iniquidad de acuerdo con su palabra.

De igual forma en que muchos se llenan de temor al observar nubes en los cielos, otros tantos se angustian innecesariamente ante las nubes que se forman en su propia mente. ¡Cuán a menudo hemos sabido de alguien que conoció la bendición del Señor y se alegró por ello, pero que posteriormente perdió su paz cuando aparecieron las nubes! Hay diferentes formas de considerar las nubes.

Se puede decir que las nubes tienen poca consistencia. El sol las puede disipar, y dado que el Sol de justicia brilla continuamente, no tenemos por qué permanecer en la sombra de la duda. Existe el concepto de estar en las nubes, y quienes han conocido físicamente esa experiencia pueden dar fe de que se trata de uno de los más gloriosos lugares en los que poder estar. Jamás he podido imaginar una escena más gloriosamente maravillosa que la que se desplegó ante mí un atardecer tras haber ascendido penosamente la ladera oriental de un monte. Alcanzamos la cumbre estando el sol a punto de ponerse, y el valle que había al otro lado estaba

cubierto de nubes iluminadas por el resplandor del sol poniente. No fue sólo un panorama glorioso para la vista, sino que grabó una lección inolvidable.

Pero aún hay más a recordar en la formación de las nubes. Dios mora en medio de ellas. “El Señor reina; regocíjese la tierra; alégrense las muchas islas. Nubes y densas tinieblas le rodean, justicia y derecho son el fundamento de su trono” *Salmo 97:1-2*. Fue desde la nube, desde donde el amor de Dios dio la ley; y sabemos “que su mandamiento es vida eterna” *Juan 12:50*. Sí, nos alegraremos aunque las nubes sean densas y oscuras, ya que Dios sigue estando allí. “De las tinieblas hizo su escondedero, su pabellón a su alrededor; tinieblas de las aguas, densos nubarrones” *Salmo 18:11*. La nube que oculta a Dios de nuestra vista es en realidad la seguridad de su presencia.

Procedente de las nubes desciende la lluvia, que es un símbolo de la gracia de Dios regalada y abundante. Cuando Dios nos invita a comprar de él vino y leche sin dinero y sin precio —ir a él y encontrar perdón abundante— nos da esta seguridad: “Como descienden de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelven allá, sino que riegan la tierra haciéndola producir y germinar, dando semilla al sembrador y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca, no volverá a mí vacía sin haber realizado lo que deseo, y logrado el propósito para el cual la envié” *Isaías 55:10-11*.

De igual forma en que el agua almacenada en las densas nubes nos recuerda el inmenso poder de Dios, nos hace también recordar su evangelio de la gracia, que es el poder de Dios para salvación. El evangelio consiste en las buenas nuevas de la salvación del pecado, y todo lo que nos habla del poder de Dios nos hace saber su poder para darnos justicia. “Destilad, oh cielos, desde lo alto, y derramen justicia las nubes; ábrase la tierra y dé fruto la salvación, y brote la justicia con ella. Yo, el Señor, todo lo he creado” *Isaías 45:8*. Refiriéndose a esa misma figura, el profeta Oseas afirma: “¡Sembrad para vosotros justicia! ¡Cosechad el fruto del amor inagotable y abrid surcos en terrenos no labrados! ¡Ya es tiempo de buscar al Señor!, hasta que él venga y os envíe lluvias de justicia” *Oseas 10:12 (NVI)*.

A partir del poder evidenciado en las nubes al regar la tierra, aprendemos sobre el poder de la gracia que trae “lluvias de bendición” (*Ezequiel 34:26*) a quien la acepta.

*Adorad al Rey de gloria y cantad agradecidos a su maravilloso amor. Él es nuestro escudo y protección, es el Anciano de días rodeado de esplendor y adornado de alabanzas.*

*Proclamad su poder y cantad a su gracia. Sus vestiduras son luz; su dosel, el espacio infinito. Sus carros de la ira forman las nubes tormentosas, y su camino es misterioso en las alas del turbión.*

*¿Qué lengua recitará tu cuidado portentoso? Se respira en el aire, brilla en la luz, surge de las colinas y desciende a los valles para destilar suavemente en rocío y lluvia.*

*Los frágiles y débiles hijos del polvo de la tierra confiamos en ti, en ti que nunca fallaste. ¡Cuán tiernas son tus mercedes! ¡Cuán firmes son hasta el fin, Creador, Defensor, Redentor y Amigo nuestro!*



Entre la lluvia y el perdón de los pecados existe una conexión más estrecha de lo que creemos. Cuando Dios hizo un pacto con Noé, consistente en que nunca volvería a destruir el mundo con un diluvio, dijo: “Esta es la señal

del pacto que hago entre yo y vosotros y todo ser viviente que está con vosotros por todas las generaciones: pongo mi arco en las nubes y será por señal del pacto entre yo y la tierra. Y acontecerá que cuando haga venir nubes sobre la tierra, se verá el arco en las nubes y me acordaré de mi pacto que hay entre yo y vosotros, y entre todo ser viviente de toda carne; y nunca más se convertirán las aguas en diluvio para destruir toda carne. Cuando el arco esté en las nubes, lo miraré para acordarme del pacto eterno entre Dios y todo ser viviente de toda carne que está sobre la tierra” *Génesis 9:12-16.*

Dios dijo: “Pongo mi arco en las nubes”. El arco iris es de forma especial el arco de Dios, pues está sobre su trono. Cuando Juan, estando en la isla de Patmos, vio el trono de Dios en el cielo, observó que “alrededor del trono había un arco iris de aspecto semejante a la esmeralda” *Apocalipsis 4:3*. También al profeta Ezequiel se le dieron “visiones de Dios” (*Ezequiel 1:1 y 8:3*). Vio “algo semejante a un trono, de aspecto como de piedra de zafiro; y en lo que se asemejaba a un trono, sobre él, en lo más alto, había una figura con apariencia de hombre. Entonces vi en lo que parecían sus lomos y hacia arriba, algo como metal refulgente que lucía como fuego dentro de ella en derredor, y en lo que parecían sus lomos y hacia abajo vi algo como fuego, y había un resplandor a su alrededor. Como el aspecto del arco iris que aparece en las nubes en un día lluvioso, así era el aspecto del resplandor en derredor. Tal era el aspecto de la semejanza de la gloria del Señor” *Ezequiel 1:26-28*.

Así, vemos que cuando Dios pone su arco en las nubes está poniendo allí su propia gloria, la que brilla sobre su trono. Se trata del arco de la promesa, puesto que empeñó su palabra, y su palabra es su gloria. El profeta Jeremías, cuando clamó por perdón para el pueblo de Dios, dijo: “No nos desprecies, por amor a tu nombre, no deshonres el trono de tu gloria” *Jeremías 14:21*. Si Dios quebrantara su palabra, estaría dejando sin efecto su arco glorioso; y dado que ese arco contribuye a la gloria de su trono, equivaldría a deshonrar el trono de su gloria.

Sabemos por la profecía que ese arco en las nubes, que es una garantía de la confiabilidad de la palabra de Dios, no nos asegura simplemente la ausencia de un segundo diluvio, sino que confirma la misericordia de Dios en el perdón de los

pecados. Dios dice a su pueblo: “Por un breve momento te abandoné, pero con gran compasión te recogeré. En un acceso de ira escondí mi rostro de ti por un momento, pero con misericordia eterna tendré compasión de ti —dice el Señor tu Redentor. Porque esto es para mí como en los días de Noé, cuando juré que las aguas de Noé nunca más inundarían la tierra; así he jurado que no me enojaré contra ti ni te reprenderé. Porque los montes serán quitados y las colinas temblarán, pero mi misericordia no se apartará de ti y el pacto de mi paz no será quebrantado —dice el Señor, que tiene compasión de ti” *Isaías 54:7-10*.

Por más denso y amenazante que pueda ser el nubarrón de los pecados, la gloria de la palabra de la gracia divina, brillando sobre él, traerá a la vista la plenitud del arco de la promesa y nos recordará que “en ti hay perdón, para que seas temido” *Salmo 130:4*. Por lo tanto, hasta las propias nubes tormentosas que ensombrecen la tierra nos traen un mensaje de consuelo.

*Cobrad ánimo, santos temblorosos: las nubes que tanto teméis están llenas de misericordia, y romperán sobre vuestras cabezas en aguaceros de bendición.*

